



1. Madama de Maintenon.—2. Señora religiosa profesa.—3. Señora novicia.—4. Señorita de segunda clase.—5. Señorita de primeral case.
—6. Señorita de cuarta clase.—7. Señorita de tercera clase.

SEGUNDA SERIE.—1858.

AÑO XVI. 2.

ran la admiración de la Francia entera y de la Europa.

Preciso es confesar desde luego, que Mad. de Maintenon y Luis XIV no plantearon una de esas empresas superiores y fecundas, que fructifican inmediatamente, que aumentan con el tiempo, sobreviven á las revoluciones y toman un lugar definitivo en la organización de las ciudades.

La casa de Saint-Cir, no solamente no duró mas tiempo que el de la forma de gobierno en que fué creada, sino que en el corto espacio de los dos primeros años, tuvo necesidad de cambiar de dirección de una manera tan temible, que en 1692 era el establecimiento diferente de lo que había sido en 1686.

A Luis XIV no le gustaba la educación que se daba á las mugeres en los conventos; hallaba que, fuera de las lecturas generales y los ejercicios multiplicados y religiosos, se las dejaba en la ignorancia de las cosas mas ordinarias de la vida. No quiso que Saint-Cir se pareciera en nada á un convento, ya por las prácticas exteriores, ya por los numerosos oficios, ya por la vida activa, pero cómoda y sin austeridad. Por su parte Mad. de Maintenon escribe: que quería una piedad sólida distante de todas las minuciosidades de los conventos, que quería elevación en el talento y en las máximas, grande elocuencia en la instrucción y virtud entera en la conversacion; y quería que el cuidado de la educación se confiase á una comunidad de mugeres piadosas é ilustradas, pero que no estuviesen ligadas con votos monásticos y absolutos. El objeto de la fundación de Saint-Cir no era multiplicar los conventos, que ya por sí en aquella época se multiplicaban bastante en Francia, si no dar al estado mugeres bien educadas, porque en Francia había ya bastantes buenas religiosas, pero no bastantes buenas madres de familia.

Componíase la comunidad de treinta y seis señoras profesas, doscientas cincuenta señoritas de familias nobles y veinte y cuatro conversas. Las plazas vacantes entre las treinta y seis señoras debían de llenarse por las señoritas. Se necesitaban siete años, á lo menos, y á lo mas doce para entrar y hacer pruebas de nobleza de cuatro grados al menos por la parte paterna para ser admitidas entre las educandas, que ya no salían hasta los veinte y dos años con un *trusó* ó equipo y una dote, que ordinariamente era de tres mil libras.

Se conservaron ciertas reglas que habían sido ya practicadas en Noissi. Dividiéronse las señoritas segun sus edades é instrucciones en cuatro clases que se diferenciaban por el color de la cinta que llevaban en el cinturón: las mas jóvenes hasta diez años llevaban cinta encarnada; de once, verde; de catorce, amarilla, y de diez y siete á veinte, azul. De aquí la costumbre de designarlas, segun sus clases, por el nombre de *encarnadas*, *verdes*, *amarillas* y *azules*. No quiso el rey que las señoritas llamasen á las maestras *madre* sino señora con el nombre de familia, y que en general se las designase por el de *damas de San Luis*. Las dió un traje elegante que no se parecía al hábito de las religiosas: una capa y una falda de hermosa estameña de Maus, zapatos de tafetan negro, guantes negros bronceados y blancos para ciertos días. Un prendido, cuello y mangas de tafetan negro, una cruz de oro sembrada de flores de lis y un gran manto para la iglesia cuya cola era de tres cuartas de larga. Mad. de Maintenon permitió á las señoritas adornar sus vestidos y cinturones con perlas y cintas, y ella mis-

ma se complacia en regalarlas pródigamente estos adornos.

Se siguió el mismo sistema para la enseñanza. Mad. de Maintenon autorizó la lectura de las obras literarias de moda en prosa y verso. Se ejercitó á las jóvenes en escribir cartas en el estilo de la época. Se las enseñó á hablar bien y recitar versos, poemas, y por último se hizo un teatro y se declamaron tragedias. Primero recitaron versos muy medianos compuestos por Mad. Brinon. Mad. de Maintenon prefirió con razon las composiciones de Corneille y de Racine. Las *azules* declamaron á sus compañeras *Cinna*, *Andrómaca* é *Ifigenia*, pero con tal pasión que se concibió algun temor. Entonces fué cuando á instancias de Mad. de Maintenon Racine escribió *Ester* y mas tarde *Atalia*. *Ester* fué representada delante de Luis XIV y sucesivamente delante de todos los ilustres personajes de la corte, en presencia misma de Bossuet, Fenelon, el padre La Chaise, y de otros muchos sacerdotes, de Mad. de Miramion, de Mr. de Pompoñe y de otros personajes célebres por su piedad. El teatro había sido construido en el piso segundo, en la grande escalera de las señoritas, en el vestíbulo de los dormitorios, y las decoraciones hechas por Verin, decorador de los teatros de la corte. El salon estaba iluminado por arañas de cristal: los vestidos de las jóvenes doncellas, hechos á la persiana, estaban adornados con perlas y diamantes que habían servido al rey en sus bailes, y el gasto de la primera representación fué de catorce mil libras. Racine y Boileau estaban detrás de la escena apuntando las tragedias en las representaciones de las señoritas. El rey se mostró satisfecho de aquel espectáculo. Con *Atalia* se representaron las tragedias de Duche *Jonatás*, *Absalon*, *Dévora*, y la *Judit* de Boyer. Se cantaban piezas tomadas del teatro de Quinault y odas de Choissi y Testu. Saint-Cir era entonces la casa mas literaria del reino.

Pronto se echó de ver que las señoritas de Saint-Cir, al paso que eran tan hábiles intérpretes de los poetas dramáticos y líricos, perdían mucho de su sencillez y de su modestia con los entusiastas aplausos de la corte. Una apasionada emulación exaltaba aquellos corazones juveniles y sus triunfos los embriagaban con las mas peligrosas esperanzas. Por lindas, graciosas y de talento que fuesen, eran pobres. De quince y de veinte años eran educadas casi como hijas de grandes señores y de príncipes; pero en el día que cumplían la última edad ¿cuál debía ser su suerte en el mundo donde se las lanzaba con un equipo y tres mil francos de dote? Si algunas debieron al brillo de las representaciones de *Ester* y al favor real ricos esposos, la mayor parte se vieron reducidas á volver á sentarse en el pobre hogar de sus parientes ó á entrar en conventos y asilos que hubiesen hallado bien sin pasar por los peligros de las engañosas ilusiones de Saint-Cir.

Mad. de Maintenon fué advertida por algunas personas piadosas del peligro que amenazaba á su institución, escuela mundana demasiado inmediata á la corte y hecha para introducir el desorden y la ambición en el corazón de las jóvenes doncellas. Despertó cual de un sueño, se vituperó á sí misma, detuvo los espectáculos no conservándolos sino á puerta cerrada. Apagó todas las pompas, quitó los adornos, cambió los libros, rebajó el tono de la conversacion, y transformó, en una palabra, todo el espíritu de la casa. «Es preciso renunciar á nuestros aires de grandeza, de altivez, de orgullo y suficiencia; es preciso renunciar á ese brillo de ta-

lento, á esa libertad de hablar, á esas murmuraciones, á esas maneras burlescas enteramente mundanas..... Es preciso dejar olvidar los placeres á nuestras jóvenes..... Hacerlas observar frecuentemente silencio... Yo quisiera que se quitasen las mas cintas que se pudiese, se suprimiesen las perlas, y que bajo el pretexto de frio se cerrase su capa lo mas que se pudiese, asi como no se tuviese tanto empeño en darles vestidos nuevos, dejándoselos un poco *raídos*. Se escribe demasiado en Saint-Cir..... Vale mas que no escribiesen tan bien y que no se aficionasen por la escritura, que es tan peligrosa para las jóvenes. No las hagais retóricas, no no las inspireis el gusto á la conversacion, no las mostreis ningun verso, y quiero hablar aun de los versos sobre asuntos buenos.»

Las pobres jóvenes cayeron de repente desde lo alto de sus alegrías y de sus triunfos; habian sido conducidas por un sendero de flores á la cúspide de una forma sin igual de talento y de gracia, y de repente se las hacia volver cansinas por el mas humilde y triste de las disciplinas. ¿De qué faltas eran castigadas sino de las que habian cometido sus bienhechores, el rey y Mad. de Maintenon, que despues de haber conducido á su capricho aquellas jóvenes almas confiadas las hacian víctimas de su inadvertencia? El dolor y la consternacion que siguieron á aquel contraste fueron tales, que algunas educandas llegaron hasta concebir contra su maestra un odio criminal.

Se cuenta que á consecuencia de una investigacion de cartas y manuscritos, tres señoritas de la clase de *azules* intentaron envenenar á su maestra mezclando cicuta en el plato de su sopa y de su ensalada.

Comprometida en esta nueva via, Mad. de Maintenon, á pesar de toda su prudencia y de sus buenos sentimientos, no se mostró mas mesurada que en la primera. Para espiar lo pasado castigó al porvenir: aquel colegio con su constitucion, no le pareció ya destinado á formar madres de familia capaces de ejercer un feliz influjo sobre la sociedad por el gusto á lo bello y por la instruccion tanto como por la virtud y la solidez de sus principios: resolvió cambiarlo en convento.

Murmuró Luis XIV, y á la primera manifestacion que se le hizo rehusó lisa y llanamente consentir en aquella conversion. «El mundo, dijo, murmurará este cambio cual una inconsecuencia de gentes que han tomado mal sus medidas y se reirá de nosotros.»

Pero Mad. de Maintenon, que no hubiera insistido tal vez si se hubiera tratado de una medida interesante para la Francia, supo servirse esta vez directa é indirectamente de todo su ascendiente sobre el rey para determinarle á un acto que consideraba tan interesante, particularmente á su conciencia religiosa.

El 1.º de diciembre de 1692, la casa de Saint-Cir fué convertida en monasterio regular de la orden de San Agustín. Casi todas las señoras consintieron, empero la mayor parte con una gran tristeza, en hacer sus votos eternos. Un dia en pleno coro, y delante de las señoritas, se las despojó de su gran capa, de su cruz de oro y de su velo, y las hicieron tomar de rodillas el humilde hábito de las novicias. Durante un año estuvieron sometidas á los trabajos mas repugnantes de la casa, y á todas las privaciones que se juzgó necesario para hacerlas propias, y probarlas en su nueva condicion.

En cuanto á la educacion de las jóvenes, se restringió á lo que pareció indispensable, es decir, á la lengua francesa, un poco de cálculo, historia, geografia y mitología. Se consagró la mayor parte del tiempo á la enseñanza religiosa, á los trabajos útiles, estudio y música, que gustaba poco á Mad. de Maintenon, pero que Luis XIV habia recomendado especialmente porque tenia gran placer en oír, sea en los oficios de Saint-Cir, sea en Versalles, aquellos coros de voces jóvenes y frescas ejercitadas en mezclar en sus cantos sus alabanzas con las de Dios. Conferencias sobre objetos religiosos y de moral, compuestas por Mad. de Maintenon, y cuyo mérito real puede apreciarse hoy. Algunos debates y disputas venian á distraer, menos que los ejercicios literarios de otro tiempo, la aridez de las ocupaciones diarias.

Ademas se conservaron algunas lecciones de dibujo y de baile, que parecieron necesarias, sobre todo para mantener un poco de alegría en la clase de *las azules*.

Así quedaron rápidamente borrados el brillo y el resplandor de Saint-Cir. Las pobres educandas ya no eran citadas como modelo de instruccion, de talento y de gracia. «Consolaos, decia la maestra de *las amarillas* á Mad. de Maintenon, consolaos, señora, nuestras muchachas no tienen sentido comun.» No era, á decir verdad, mas que una pension en un colegio, ó pension en un convento. Cada año veinticinco ó treinta *azules*, salian con la dote de tres mil libras. ¿Y qué era de ellas? No se sabe. «Lo que me falta, decia con bastante tristeza Mad. de Maintenon, son yernos. Encuentro pocos hombres, mis queridas niñas, que prefieran vuestra virtud á la riqueza que pueden encontrar.»

La casa de Saint-Cir sobrevivió á Mad. de Maintenon, que vivió cuatro años despues de muerto el rey, en el cuarto del convento que habitó constantemente en su viudez, en medio de sus queridas educandas. Fué respetada y protegida, aunque un poco friamente, por los sucesores de Luis XIV. La buena María Leczinska tuvo deseo de tomar y concluir el papel de Mad. de Maintenon; pero no tenia ni con el rey ni en el convento bastante autoridad para imitar bien á su ilustre fundadora. Tuvo la idea de hacer representar de nuevo *Ester*. Fué un ensayo desgraciado, y no causó mas que fastidio. Se olvidó insensiblemente la institucion, que se suprimió definitivamente por un decreto de la Convencion Nacional de fecha 16 de marzo de 1793.

Las tentativas pedagógicas de la casa de Saint-Cir, no podian dejar huellas; empero sus anales no se borrarán enteramente de las páginas de la historia, porque contribuyen á realzar con un vivo colorido, un período interesante de aquel reinado, y sobre todo, porque la posteridad no puede perder la memoria de una fundacion, á la que se debe la composicion de *Ester*, *Atalia*, y los escritos muy apreciables de Mad. de Maintenon.

Tales fueron los principales rasgos de esta célebre favorita del rey Luis XIV, que llegó á ser en los últimos años de este monarca su esposa legítima, aunque no reconocida públicamente á los ojos de la Francia y de la Europa.

FERNANDO BELTRAN.

LA CASA DE PANSA EN POMPEYA.

Pompeya fué, como saben nuestros lectores, enterrada bajo las cenizas ardientes del Vesubio. Así permaneció siglos



La casa Pansa en Pompeya, en su estado actual.



La casa Pansa en Pompeya, restaurada por Duban.

enteros, hasta que en el anterior se comenzaron á hacer descubrimientos bajo el reinado de nuestro buen rey Cárlos III, que primeramente fué soberano de Nápoles.

Una de las casas mas famosas que se descubrieron en las escavaciones de esta ciudad, fué la llamada de *Pansa*, que se hallaba situada en una calle comercial de Pompeya, bajando

de un lado hacia el puerto, y llevando por el otro hacia la puerta de Nola. Una inscripcion (*Pansam Aedem*) colocada sobre la jamba izquierda de la puerta de entrada, hace conocer que el propietario de ella se llamaba Pansa.

Aquel rico personaje no habitaba su casa toda entera: esceptuando la entrada, habia alquilado á mercaderes toda la parte de la fachada, como hacen en nuestros dias los mas opulentos propietarios de Madrid en las calles Mayor, del Principe, de la Montera, etc. Las tiendas no tenian ademas ninguna comunicacion con el interior de la casa: una sola tenia una salida sobre el *atrium*; pero es probable que sirviese para vender el aceite y el vino procedente de las propiedades de Pansa, segun el uso general de Pompeya.

Alrededor de la casa, que era de las que se llamaban una isla á causa de su unidad de plan, de su forma regular y de su estension, se veian las aceras anchas de dos pies, y elevadas pie y medio sobre el arroyo de la calle. Véanse aqui las diversas partes de este edificio.

Inmediatamente despues de la puerta de entrada el *protium* donde estaba el esclavo *atriense*, ó portero ó conserge del átrio: el *atrium* ó el *tablinum* donde se conservaban los archivos ó los títulos de familia, y que se separaba del *atrium* por medio de una cortina ó *auleum*: las salas ó habitaciones pequeñas: diversas piezas para el servicio: la sala de recibo de los clientes: un pasadizo comunicando al pórtico sin necesidad de atravesar el *tablinum*: un gabinete sirviendo tal vez de biblioteca: el *peristilo* con diez y seis columnas acanaladas: estanques y surtidores de agua: una puerta escusada que conducia directamente del peristilo á la calle: muchas alcobas: una pequeña pieza ó despensa: despues el *triclinium* ó comedor: el *sacrarium* ó capilla de los dioses domésticos ó lares: la sala *cysione*, ó gran *aeus*, destinado á la conversacion y algunas veces á las comidas como el *triclinium*: el pórtico exterior, alrededor de toda la longitud del jardin: el jardin: un pasadizo ó corredor conduciendo del peristilo al jardin, y comunicando tambien con las cocinas y el *porticum*: una alcobita de verano con puerta al pórtico: la cocina: la sala de esclavos situada segun la costumbre cerca del *porticum* ó á la salida de atrás: sobre la fila de tiendas exteriores una tahona con pavimento de lava, con molinos para hacer la harina, tambien de piedra volcánica, morteros y vasos; con dos entradas, la una interior, y la otra exterior y pública: el horno construido de ladrillos.

Las ruinas de esta casa tan completas, son de aquellas que se pueden estudiar con mas provecho, si se quiere enterar uno bien y contemplar las disposiciones interiores en las ricas habitaciones particulares de Pompeya, asi como las de todas las ciudades romanas.

Damos, pues, dos grabados que manifiestan bien el estado en que se hallaba esta casa.

SANTOS GONZALEZ.

UGOLINO.

¿Veis ese cuadro en que un hombre pálido, demacrado, parece de hambre en medio de su familia? Pues es el retrato de Ugolino de la Cherardesca, inmortalizado por el Dante. Era gefe de su familia despues de los condes Gerard

y Galbano, y habia seguido al príncipe Conradino de la casa de Suavia en su expedicion de la conquista del reino de Nápoles. Llamado á dirigir el partido de los gibelinos, era el primer magistrado de la república de Pisa. Al verse rodeado de tanto poder, al ver las fuerzas que los ciudadanos libres habian puesto á su disposicion, perjuro á sus promesas de mantener siempre sus libres instituciones, quiso reinar sobre ellos y fundar un nuevo principado á semejanza de los Scala de Verona y de los Visconti de Milan. Conspirador al frente del gobierno, tenia todo á punto para verificar sus proyectos cuando el gobierno pisano descubrió su intriga y le arrojó en una prision. Las grandes relaciones, el poder que habia adquirido durante la época de su mando, le pusieron en disposicion de poder escaparse de la prision donde aguardaba el castigo de su perjurio y de su traicion. Apoyado por un ejército de florentinos y de luqueses, forzó á sus conciudadanos á que le volviesen á llamar. Para esto le sirvieron muy poderosamente los cómplices de su conspiracion, porque aunque estos habian sido descubiertos, permanecieron ocultos los muchos instrumentos con que contaba para llevarla á cabo. Aunque volvió como simple ciudadano al seno de la república de Pisa, cuyo mando supremo habia ejercido, apoyado en sus numerosos parciales volvió á reanudar los hilos de su frustrada y descubierta conspiracion. Apoyado en las mismas leyes de la república, se hizo elegir capitán general de ella, y dueño de toda la fuerza pública, afirmó su autoridad con violentos escesos. Cuantos habian sido sus enemigos, cuantos habian contribuido á precipitarle del poder por rescatar las leyes de la patria amenazada con la conspiracion, perecieron, desterrados unos, y otros, bajo frívolos y calumniosos pretextos, al golpe del hacha del verdugo. Ugolino se convirtió en un execrable tirano de su patria. Como tirano, fiado en la fuerza y en la preponderancia de sus armas, creyó que no tenia que guardar miramientos ni contemplaciones con nadie; creyó que lo mismo podia humillar á los hombres poderosos de la república que á los humildes. Así es que no le importó nada adquirirse la animadversion del arzobispo de Pisa, Rogerio de Ubaldini, hombre ambicioso y no menos cruel que él. Resolvió este la pérdida del tirano y hacer recobrar su libertad al pueblo oprimido. Tomó la libertad como un medio de venganza, y á este eco, que comprenden siempre los pueblos oprimidos, tomó las armas el 1.º de junio de 1288. Ugolino, fiado en las fuerzas de los condotieros que mantenía para oprimir los pueblos, se vió de repente atacado en su palacio por aquella masa atrevida, ardiente y popular. Creyó vencer con su gente de armas aquellos hombres que no estaban acostumbrados á manejarlas. Empero nada es comparable al furor de un pueblo cuando se desata una vez, cuando con entusiasmo corre á recobrar sus vulnerados derechos y á defender su libertad. El pueblo iba dirigido por el arzobispo de Pisa; la causa de la religion y de la libertad parecían hermanadas en aquella ocasion y el pueblo fué invencible. Despues de una vigorosa resistencia de Ugolino, que se hallaba en el palacio con tres de sus hijos y uno de sus nietos, fué vencido y hecho prisionero. Entonces el arzobispo Rogerio dió un ejemplo que hasta entonces no se habia visto en la Italia, presa entonces de continuas agitaciones y discordias civiles. Rogerio Ubaldini, el arzobispo, hizo encerrar á los cinco prisioneros en una torre inmediata á la ciudad, y despues de haber cerrado la puerta de hierro de aquella ele-

vada torre, arrojó solemnemente la llave al río Arno para que jamás pudiese volverse á abrir. Condenó á morir allí de hambre al hombre ante quien, momentos antes, se postraba el pueblo de Pisa, al hombre que miraba como miserables vasallos á aquellos ciudadanos libres que le hacían espiar, muriendo de hambre con toda su familia, el crimen de haber atentado contra la libertad y la conservación de la república.

Los versos de Dante, el pincel, el cincel y el buril de un gran número de artistas han inmortalizado este episodio terrible de la Italia y legado á la posteridad el infortunio de Ugolino. El cuadro desgarrador de su suplicio, dice Sismondi, ha hecho verter abundantes lágrimas, mientras tanto que sus crímenes están casi universalmente olvidados en la historia. Si grande fué el delito de haber conspirado contra la libertad de su patria, de la que él debió haber sido guardador, terrible, inaudito fué el castigo impuesto por el jefe de la iglesia de Pisa. La crueldad de este castigo ha escitado sobre la víctima, aunque culpable, la conmiseración de las generaciones futuras. Marino Faliero, duque de Venecia, conspiró contra la libertad de la república, esta castigó su traición; empero le castigó con humanidad, y al hacer derribar por el hacha del verdugo su cabeza sobre el primer descanso de la magnífica escalera de los Gigantes del palacio de los Duxes, no se ensañó ni cebó con furor en la desgracia de su víctima. La justicia nunca es cruel, si bien es y debe ser en muchas ocasiones inflexible.

EL CONDE DE FABRAQUER.

CORDILLERA DE LOS ANDES. (América).—Cadena de montañas que se extiende sobre una línea casi recta: desde la Tierra del Fuego hasta el istmo de Darien, tiene cerca de mil quinientas leguas. Alguna de sus cimas tiene veinte mil pies de altura. Se las distingue con varias denominaciones: Andes patagónicos, de Chile, del Perú, de Quito, de Granada.

LA SUIZA EN INVIERNO.

Si los viajeros después de haber visitado los Alpes en la buena estación los volviesen á ver por casualidad en el invierno, trabajo les costaría reconocerlos y podrían creerse bajo la influencia de aquella magia de que están llenas las antiguas leyendas. Todo les parecería muerto y petrificado en aquellas soledades donde habían dejado el movimiento y la vida: nada de rebaños errantes sobre la pendiente de las montañas: nada de arroyos corriendo sobre los aterciopelados céspedes: la misma cascada se halla clavada sobre su roca, y sus últimas olas suspendidas en forma de inmensas velas ó cirios aguardan á que la varita de virtudes de una encantadora rompa el encantamiento en que se hallan y les devuelva su libertad. Por donde quiera un silencio profundo: no se oye el mas leve murmullo en aquellos bosques dormidos bajo la nieve.

Si resuena á largos intervalos un grito de la aldea inmediata, cuya existencia no se adivina sino por las columnas de humo que en espiral azulada se levantan; el sordo rumor no encuentra ya eco en la montaña: muere sofocado

bajo la espesa cubierta que oculta toda la comarca cual un vasto sudario. El mismo aspecto del país está cambiado con la perspectiva: todas las montañas confundidas en una misma blancura no dejan sospechar las distancias que las separan, ni distinguir las mas altas cimas, morada de las nieves mas eternas. Los lagos, cuyas transparentes aguas animaban con sus brillantes reflejos el paisaje del estío, duermen ahora, sombríos y negros, formando un lúgubre contraste con su helado recinto.

¡Estrañó espectáculo á cuya vista se siente desde luego un invencible estupor! Así es como el alma, dicen, rechazando sobre sí misma se halla en presencia del desierto.

En tanto, si se puede acostumbrar á esta lúgubre, empero imponente escena, se concluye por encontrar en ella un infinito encanto.

El humo que se abre paso por enmedio de los pinos amontonados sobre la nieve, anuncia la mansión de los hombres y la pacífica actividad de la vida doméstica. Aquella señal hospitalaria atrae á uno: se adelanta como entre dos murallas por un camino penosamente abierto hasta la aldea. Cada casa se halla cuidadosamente desembarazada de las masas de nieve que la rodean. Las comunicaciones se mantienen todos los días entre la casa y la granja, el establo y el hogar: un sendero lleva á la escuela, á la casa del ayuntamiento, á la iglesia, al cementerio; porque en medio del sueño de la tierra, la actividad humana, los cuidados de este mundo, los pensamientos y las necesidades religiosas viven siempre.

Se arregla, es verdad, cada cual para tener todo lo que puede á mano. La previsión del padre de familias ha colocado leña inmediata á las casas; ha hecho anticipadamente antes de llegar el invierno todos los gastos necesarios hasta la primavera: no se sabe cuando será posible volver á la ciudad antes del buen tiempo. Cada casa, cual un arca perdida, debe de estar provista de algunos socorros contra los accidentes imprevistos. Preguntad á la prudente aldeana que es lo que tiene en sus armarios y sus arcas, y allí vereis, con los preciosos géneros coloniales de que los montañeses suizos hacen gran consumo, con el pan que en ciertas localidades se fabrica para toda la estación, y aun para todo el año, un pequeño botiquín cuidadosamente rotulado, y que una antigua experiencia enseña á usar en tiempo oportuno. Además, hay siempre en la aldea alguna casa que está mejor provista que las otras en este punto: lo frecuente es que sea la casa del cura, adonde se corre en casos de necesidad á buscar los remedios del cuerpo, donde no con menos liberalidad se dispensan también los remedios del alma. Cuanto mas estas pequeñas comunidades están separadas del resto de los hombres, mas necesidad tienen de los socorros mutuos, y mas se despiertan en ellas las disposiciones caritativas. Todos los pobres son alimentados y cuidados, ó mas bien, no hay pobres en estos salvajes retiros, donde nadie tiene lo superfluo.

La aldea casi siempre inerte y silenciosa, tiene sin embargo sus horas de despertarse y sus momentos de vida. La campana llama á la parroquia á los oficios divinos, ó á los niños á la escuela. El momento en que salen es siempre ruidoso: no vuelven á su casa sin haberse tirado algunas bolas de nieve, ó deslizándose, cual patines, sobre la superficie helada de las fuentes y de los estanques. Si las fuentes salen de una profundidad bastante grande para evitar el hielo,

se llevan los ganados á beber allí, y esto dos veces al día; este es un momento de premura y de tumulto: pero lo mas frecuente es el llevarlos al establo el agua necesaria: tampoco es raro que no haya mas que nieve derretida que darles. El extremo frio y el extremo calor secan igualmente las fuentes. En los profundos valles el día se halla limitado á la medida de un estrecho horizonte: aldea hay que no ve el sol durante muchos meses en el invierno. Es un magnífico momento aquel en que se percibe de nuevo el astro vivificador asomar sobre la cresta de la montaña: no deja aparecer desde luego sino el borde superior de su disco: poco á poco se levanta y se desprende del monte, y se le ve caminar en el cielo.

Compréndese ademas cuan enorme diferencia debe existir entre la temperatura de las fuentes meridionales, donde el sol vibra de lleno sus rayos, y aquellas que inclinadas al Norte no los reciben jamás. Estas con una mediana elevacion son, á decir verdad, la morada de un eterno invierno. Entre estos puntos extremos hay grados sin número, y esas variedades de aspecto que terminando el derretirse mas ó menos rápidamente las nieves son un gran beneficio de la naturaleza, que por este medio trae sus recursos, y previene ó disminuye las inundaciones.

No se tendrá una idea completa y exacta del invierno de los Alpes, si omitimos el hablar de los admirables efectos que la luz produce allí algunas veces. Cuando una tarde serena tiñe de púrpura las montañas, el espectáculo es todavía mas magnífico y asombroso que en los serenos días del estío. El vivo sonrosado, y todos los tonos mas cálidos ocupan el lugar del blanco mate y lúgubre. Los lagos se iluminan de aquel tinte inflamado: diríase que era un vasto incendio hasta en las entrañas de la tierra: los bosques, las rocas brillan á la vista; y cuantos vapores hay en el cielo toman el color de un asombroso vigor. Despues sube la sombra poco á poco de los valles, y hace suceder en algunos instantes á aquella escena de vida la fria imagen de la muerte.

La imaginacion de aquellas poblaciones mediatundas se aprisionan por aquellos contrastes sublimes. Niños y ancianos se figuraban en otro tiempo que habia génius presidiendo á aquellas grandes metamorfosis, y reinando en lo alto sobre los aludes, los torbellinos, y las tempestades. No hace largos tiempos que los dragones maravillosos han cesado de hablar en las cavernas, y el gigante de la montaña no ha vuelto á hacer oír su voz. Ademas, si las vanas creencias se van disipando con el progreso de las luces, la fé cristiana gana en ello: las almas no se desimpresionan de la supersticion para perderse en la duda, sino para adherirse á la buena y saludable verdad.

El viagero prudentemente curioso que quisiese observar por sí mismo todo lo que apenas podemos indicarle aqui, hallaria sobre los Alpes muchos fenómenos que se suponen reservados á las comarcas polares. El sabio que se resolviese á pasar un invierno en aquellas elevadas regiones, podría hacer un gran número de curiosas observaciones: un artista no se hallaria tampoco ocioso; empero un moralista, sobre todo, que viese de cerca la vida pastoral en el tiempo en que los pastores se hallan aprisionados en sus aldeas, haria una gran cosecha para sus libros enmedio de los hielos. Donde mas padecen los hombres es mas interesante su historia: escribiríanse volúmenes con la crónica de los Alpes,

y allí se hallarian, á Dios gracias, páginas muy honrosas para la humanidad.

Aquella madre tan tranquila al borde del precipicio con sus dos hijos, aquel rigoroso invierno, aquella espesa nieve que hace doblar la cima de los pinos, nos recuerda una de las historias de las montañas. Véanla aquí nuestros lectores, tal cual nos la han contado.

Bajaba el padre á la ciudad con sus dos hijos, el uno de quince años, y el otro mucho mas pequeño, en el mes de noviembre. Obligado á terminar algunos negocios urgentes antes de volver á su aldea, el padre habia hecho tomar la delantera á sus hijos. Viéronse sorprendidos en el camino por una tempestad: caía en abundancia la nieve; les azotaba el rostro y los cegaba; apenas podian con gran trabajo seguir el camino. El mas pequeño de los niños temblando de miedo y de frio, perdió ánimo. Exortábale el mayor lo mejor que podia, y tiraba y le arrastraba con todas sus fuerzas. Por último, consultando mas á su celo y á su valor, lo subió en hombros, y bajo el peso avanzó y adelantó todavía un poco.

Si se hubiese hallado mas cerca de la aldea, hubiera vuelto atrás, pero no se hallaba mas que media legua de su casa. Creyó lo mejor el seguir adelante siempre, hasta que no pudiendo mas se dejó caer con su hermano, y desesperado de poderle salvar quiso sepultarse con él. El chiquitín le dijo con el mayor valor:

—¿Qué haces, Nicolás! Ve á buscar socorro á la aldea: tal vez te salvarás, y yo tambien.

Entonces el mayor, habiendo visto del lado del camino una especie de agujero en la roca, llevó allí á su hermano, y para señalar el sitio plantó al lado con la nieve una planta de cereza que su padre le habia encargado llevase, con intencion de plantarla en forma de enredadera contra la pared de su casa.

Despues de esto, echó á correr Nicolás hácia la aldea.

Inquieto y alarmado el padre por el mal tiempo, no habia tardado en ponerse en camino; y seguia á sus hijos á la distancia de una legua, siempre cada vez mas inquieto á medida que adelantaba. Juzgaba por la dificultad de su caminata cuánto debian sufrir sus hijos: miraba á un lado y á otro mientras caminaba, temiendo dejarlos atrás bajo alguna peña ó bajo algun pino, donde tal vez hubieran buscado un abrigo.

Llegado al sitio donde el mas jóven se habia metido en su agujero, ya todo cubierto de nieve, vió por casualidad el árbol, y lo cogió con alegría diciendo: está bien; están mas lejos; han querido advertirme, ó bien lo han tirado aqui para caminar con mas ligereza y desembarazo. Marchábase, pues, con el árbol al hombro, despues de haber quitado á su hijo el único medio de salvacion que le quedaba.

De pronto con aquel instinto rápido que no abandona jamás á los padres, se detuvo y dijo: no, esta es una señal de apuro y socorro; aquí están.

Con esta idea volvió atrás.... fué al mismo sitio: llamó con todas sus fuerzas; pateó y corrió por todos lados: no tuvo respuesta ninguna: el pobre niño habia perdido el sentido.

Por último, palpando con la punta de su palo, creyó sentir un cuerpo blando y poco resistente. Separó la nieve, y encontró el pobre chiquitín abandonado. El desgraciado padre, creyendo no haber descubierto mas que la mitad de lo que habia perdido, prosiguió largo tiempo en su investigacion, estrechando á su hijo en sus brazos á fin de darle